

Diminuto Mar

Julieta Arteaga Tijerina

Dile al mar que ya es la hora. Que lance hacia el cielo la inmensa moneda, la que resplandece por sí misma, la que sube hasta chocar con un ángel, y por la tarde se desploma suave, luminosamente, sobre la inabarcable mano azul siempre extendida.

Dile a la mujer de Juan que ya no lo moleste, que lo deje seguir durmiendo, que hoy tampoco se levantará al alba para ir a pescar con los demás hombres de la aldea.

Me dice que todo es muy simple: que las estrellas sí se caen (por accidente o por capricho) y que es preciso pescarlas con la mano pues las muy huidizas se escapan de las redes. Me cuenta -siempre en secreto- muchas cosas: que las estrellas también tiritan, como los niños chicos cuando se caen al agua, que es preciso tenderlas sobre las redes para que se sequen, y que al amanecer, ya secas y ligeras, toman forma de globo, se inflan a sí mismas, y suben hasta que se vuelven a colgar del cielo.

Dile a Juan que duerma bien, que ya vendrá la noche, que entre las sombras nocturnas su barca será más leve que una cáscara de nuez, más vulnerable que un ala de pájaro sin pájaro, más indefinible que el silencio.

Juan me dice que desde hace algunos días no ha tenido descanso, que sus manos rescatan estrellas casi hasta el amanecer.

Le digo a Juan que abra los ojos, que afuera ya todo está oscuro, que su mujer ya sofocó el diminuto incendio de la vela y duerme en silencio sobre el piso, hecha un ovillo. Le digo que se le hace tarde, que afuera hay lluvia de estrellas.

Juan me cuenta que sus amigos pescadores no entienden nada; que le dicen que sólo un loco puede hacerse a la mar a medianoche y creer que pesca estrellas caídas. Luna tras luna le repiten que no sea tonto, que no son estrellas, que sólo son sus reflejos sobre el agua.

Yo les digo a los pescadores que Juan no está loco; que yo lo vi a medianoche en altamar, que con sus manos atrapa una estrella suave, cuidadosamente, y rema hasta llegar junto a otra tiritante. Les digo que vi cómo al llegar a la choza las tendía de una en una sobre las redes, encendía una fogata junto a ellas y con los dedos les arreglaba las despeinadas puntas. También les digo que al amanecer, cuando ellos se hacían a la mar y Juan ya dormía, pude escuchar un rumor como de globos que suben, como de despeinados astros que se escapan.

Juan me dice que si paso por la aldea y los pescadores me saludan desde lejos y me llaman para que me acerque, que no les haga caso, que sólo querrán decirme que él está loco.

Los pescadores me dicen que un día Juan se hizo a la mar y no volvieron a saber de él. Los más viejos han empezado a creer, y cuentan, que lo devoró en altamar una estrella gigantesca. Me dicen que ya no saben qué hacer, que van a volverse locos, que todos ellos ya están muy viejos como para andar pescando estrellas entre las sombras. Dicen que tienen miedo, que las estrellas no cesan de caerse cada noche y que ya no hay quien las rescate.

Pronto habrán invadido por completo la inmensidad del océano.